

DECLARACIÓN DE LA ACADEMIA EUROPEA DE YUSTE



“EUROPA, UNA CULTURA PARA LA SOLIDARIDAD”

(3 DE JUNIO 2002. REAL MONASTERIO DE YUSTE)

Con el apoyo de la línea presupuestaria de la Comunidad Europea
«Apoyo a organizaciones que promueven la cultura europea».

La Academia Europea de Yuste, con la reunión de hoy, propicia la consecución de sus objetivos, contribuyendo con su actividad cultural al proceso de construcción europea, a fortalecer la referencia común de nuestra identidad cultural, y a defender la significación de los valores múltiples de Europa. Una Europa que integra todas las diversidades y cada una de las aportaciones que, a lo largo de la historia, han definido a nuestro continente como cuna de civilizaciones. Un continente que nos invita a construir un espacio para la tolerancia y convivencia pacífica entre todos sus pueblos.

Con ello se pretende lograr un espacio donde el respeto, la promoción de los derechos humanos y la diversidad constituyan un aporte esencial a los valores comunes a todas las culturas europeas, fundadas en el respeto a la dignidad de la persona y en la calidad de vida solidaria. Un lugar de encuentro, que busca en los resortes de la diversidad la construcción de nuevos horizontes, a sabiendas que el dejar esos valores a las generaciones futuras será tan importante como transmitirles un mundo sin deterioros ni amenazas.

Europa: una cultura para la solidaridad

La solidaridad, al igual que la propia Europa, no es única, sino múltiple. La solidaridad opera por separado o de forma simultánea a distintos niveles: político, económico, social, jurídico o cultural. Mucho más que ninguna otra organización internacional, las Comunidades Europeas y el Consejo de Europa se han construido sobre la solidaridad. La declaración de Robert Schuman de 9 de mayo de 1950 confiere un relieve especial a la cultura de la solidaridad. Invita a los países europeos a comenzar creando «*une solidarité de fait*» (una solidaridad

de hecho), sugiriendo de este modo un enfoque pragmático y abogando por una «solidaridad en la producción», como forma de conseguir que todo tipo de guerra entre europeos sea no sólo impensable sino materialmente imposible.

Asimismo, la declaración hace hincapié también en la solidaridad entre países y clases, algo que, a principios del siglo XXI, atañe a todos los trabajadores europeos sin distinción de país o condición social. Del mismo modo, apela a la solidaridad de todos los países europeos al referirse a una «organización abierta a la participación de otros países europeos». Este punto es extremadamente pertinente en un momento en el que la Unión Europea está a punto de aceptar a doce nuevos miembros y en el que otros países van a presentar sus solicitudes de adhesión.

El llamamiento de 9 de mayo de 1950 tiene en cuenta también el desarrollo del continente africano, recordando así a Europa sus responsabilidades con respecto a países no europeos, y en especial con respecto a sus antiguas colonias. En la actualidad, esta solidaridad es universal, aunque con distintas modalidades de cooperación.

A pesar de que está basada en la solidaridad económica, la Declaración de Schuman constituye también un llamamiento a favor de la solidaridad política y cultural, encarnada en las instituciones de una Comunidad de pleno alcance.

Políticamente, Europa sólo puede sobrevivir como un todo: un ataque contra un país constituye *ipso facto* un ataque contra Europa en su conjunto. Los dirigentes europeos ya no pueden volver la vista hacia otro lado

cuando se oprime a las personas en algún punto de Europa y la opinión pública no lo permitiría. *Socialmente*, resulta necesaria una mayor solidaridad a todos los niveles: entre regiones, entre naciones europeas, y también entre todos los habitantes de Europa, sin distinciones.

La solidaridad debería estar dirigida especialmente a los grupos más vulnerables mediante una armonización social más amplia. A la vista de las incertidumbres del proceso actual de globalización, los europeos sienten que su preciado modelo social, desarrollado con tanto esfuerzo durante el siglo XX, puede estar en peligro. Dicho modelo, a menudo denominado «modelo renano», se fundamenta en la solidaridad entre clases sociales y garantiza la cohesión de nuestras sociedades. Se trata de un modelo de origen europeo, pero debería ser de aplicación universal.

Desde el punto de vista *jurídico*, la solidaridad implica el respeto de los derechos humanos, otro concepto europeo (1789) que ha pasado a ser de aplicación universal. Uno de los grandes méritos del Consejo de Europa consiste en recordar a los Estados europeos su obligación de respetar los derechos humanos, imponiendo sanciones si fuera necesario. Se trata de solidaridad en un ambiente de tolerancia y justicia, el único espacio en el que una democracia plural puede sobrevivir.

El Consejo de Europa ha establecido el estado de derecho como marco que garantiza el respeto de los derechos humanos individuales y las libertades fundamentales. La valía de dicho marco quedó patente cuando los Estados de Europa Central y Oriental recuperaron su soberanía nacional. Mediante su adhesión al Consejo, estos países han contraído compromisos precisos y vinculantes en su camino hacia la democratización. Una Europa más solidaria será más eficaz en su lucha contra el racismo, la xenofobia y el antisemitismo.

Durante los últimos cincuenta años, Europa ha ido tomando mayor conciencia de los derechos colectivos, ya sea con respecto a las minorías o a generaciones futuras que deberían heredar un entorno en buenas condiciones, gracias a la conservación de la naturaleza, y cuyas vidas no deberían verse hipotecadas por el legado de una carga financiera excesiva. Dadas las tendencias demográficas actuales, la solidaridad entre generaciones será uno de los retos fundamentales para Europa en los próximos años.

La identidad europea reside principalmente en el *plano cultural*. Europa es más una idea que una realidad geográfica o económica. Es la dimensión cultural lo que hace que Europa sea a la vez singular y múltiple, una y plural. Las tensiones que de ahí surgen constituyen una fuente

de riqueza y creatividad, de ahí que toda medida que haga disminuir la diversidad cultural europea sólo pueda resultar perjudicial. En general, las identidades nacionales están claramente definidas y sólidamente establecidas y, como tales, no conllevan necesariamente más solidaridad. Se debería fomentar todo tipo de manifestación conjunta de una cultura europea. Resulta esencial conocer bien la lengua materna, pero también es fundamental el estimular la comprensión de otros idiomas. Sólo se pueden comprender otras mentalidades si se posee un buen dominio de otro idioma. En este contexto, habría que proteger las lenguas minoritarias ya que forman parte integrante de la diversidad cultural europea.

No existe una sola civilización que carezca de *dimensión histórica*. La identidad de Europa está impregnada de historia: un pasado rico, diverso y lleno de contrastes se proyecta sobre el presente. Un conocimiento básico, aun rudimentario, de dicho pasado constituye un requisito previo para una memoria colectiva europea. Se debería abordar este pasado según los métodos de la historiografía crítica, y no por medio de una labor propagandista. La historia europea está jalonada de largas series de guerras, fanatismos y crueldades, también en tiempos de Carlos V. Los enfrentamientos políticos, religiosos, nacionales e ideológicos la han marcado mucho más que los brotes de solidaridad que, no obstante, no fueron pocos. Sólo se pueden construir futuras solidaridades sobre la base de la verdad histórica.

La investigación histórica ha enumerado todo lo que la civilización europea debe a la Antigüedad —según una famosa expresión (Atenas, Roma y Jerusalén)— por tanto, en una época pre-europea. Europa debe mucho a otras civilizaciones, especialmente al Islam, con el que las relaciones no siempre fueron tirantes.

A raíz de importantes movimientos migratorios, Europa exportó durante siglos su cultura y enriqueció así —a veces, también puso en peligro— otras civilizaciones. Desde la segunda mitad del siglo XX ha acogido a numerosas personas procedentes de países no europeos y, de este modo, se ha ido convirtiendo de forma gradual en una sociedad cada vez más multicultural. Esta evolución sólo podrá darse en un clima de paz social cuando seamos capaces de mostrar un mínimo de solidaridad con respecto a los demás.

Real Monasterio de Yuste, 3 de junio de 2002